

¿DIALOGAR O DISCUTIR?

Está hoy de moda hablar del diálogo, de la actitud de diálogo, de la necesidad de dialogar, pero se sigue discutiendo y, en algunos aspectos más y más porfiadamente que antes, a punto tal que delicadas cuestiones que fueran antaño motivo de sereno y saludable diálogo constructivo se ven hoy zarandeadas en una polémica de bajo nivel y casi envilecidas por una vulgaridad espiritual que las destiñe y desfigura. Políticos y jefes de Estado pregonan la necesidad de dialogar y se aferran a sus particulares intereses. Los jóvenes rebeldes reclaman el diálogo y hacen oír violenta y ruidosamente sus indefinidas aspiraciones, pero no quieren, o quizás a fin no saben, escuchar. Los eternos discutidores sólo han cambiado de nombre a su espíritu de contradicción y a su carencia de adaptación mental; ahora lo llaman diálogo. No pocos católicos han confundido la urgente necesidad de dialogar con sus hermanos con la imprudente terquedad en polemizar con su madre, y el legítimo diálogo conciliar con el mundo va cayendo, desgraciadamente para muchos, en una pendiente letal de mundanización que los insensibiliza para saborear la palabra y el mensaje de Aquél cuyo “reino no es de este mundo”.

Es hoy muy común hablar del diálogo, no precisamente dialogar, si por tal se entiende una actitud espiritual que trasciende en profundidad humana a la adopción de una superficial postura psicológica que, por ser sólo tal, es inestable y cae fácilmente en extremos que son una insustancial caricatura del auténtico coloquio: un método, una estrategia para convencer a toda costa o una actividad relativista, casi escéptica, de ceder y transar a costa de todo. Es que la moda, de por sí exterior y pasajera y, por ende, insustancial y carente de profundidad y significativa, se convierte en peligroso factor de disolución cuando pretende calar hondo y afectar a aquello que, por naturaleza, arraiga en las entrañas del espíritu, y desfigura y prostituye las exigencias esenciales de lo auténticamente humano.

La moda, legítima, por cierto, y hasta necesaria y agradable en el ámbito de lo contingente y mudable -mas, por eso mismo, inauténtica en hondura humana- se convierte en deletérea caricatura cuando se la traspone a lo que, de sí, está embebido de cierta intemporalidad y arraiga en las más genuinas exigencias de la humana naturaleza. Aquí sólo cabe el progreso fecundo, por intensificación y profundización, no la moda, versátil y exterior. Lo caricaturesco lleva al ridículo, lo ridículo al desprestigio, y éste provoca el rechazo. He aquí el peligro -en parte ya convertido en lamentable realidad- de que se atasque en la superficialidad voluble de la moda la adopción de una actitud espiritual de honda significación humana, cual es el auténtico diálogo. El hastío inevitable que aquélla produce redundaría así en desmedro de lo que debe ser una aspiración incansable de continuo perfeccionamiento personal y social. Obedeciendo a una natural tendencia de la inteligencia humana, y no a ninguna moda, dialogaron Sócrates, Platón, Cicerón y Agustín; no vayamos hoy a contentarnos con adoptar ad extra una artificial disposición al diálogo y caigamos en concesiones de compromiso que profanen la verdad o en estéril discusión que la desprece.

No se persigue aquí definir en rigor lógico dos conceptos, incursionar en análisis etimológicos ni caracterizar dos vocablos en su exacta significación idiomática. Únicamente se intenta describir -instrumentando un tanto discrecionalmente los verbos dialogar y discutir- dos mentalidades opuestas e inconciliables, mediante algunas reflexiones que, acentuando las notas diferenciales, pongan de manifiesto el distinto espíritu que anida en lo profundo de una y otra.

Discutir es defender las ideas o convicciones propias en tanto propias; atacar, rebatir las ajenas sólo porque no concuerdan con las propias, cuando no por el mero hecho de ser ajenas. Discute quien trata de convencer a cualquier precio y afirmarse aún más en lo suyo, también a cualquier

precio, así sea el de la verdad.

Dialogar es defender la verdad, sólo y en tanto que tal, buscarla en común, alegrarse en el encuentro, afirmarse en la opinión ya poseída, o rectificarse de ella. Quien dialoga tiene por norte la verdad y no su verdad. Entre dialogar y discutir hay todo un abismo: el que separa la defensa de algo por lo que ese algo vale, y la autodefensa, valga lo que valiere su opinión.

El diálogo es apertura al hermano en sincera disposición de comunicarse en orden a la verdad, apertura desinteresada de la inteligencia en actitud de ver y comprender, límpido y sencillo espíritu de entrega a las evidencias objetivas. Discutir implica una honda actitud de enquistamiento egocéntrico, cerrar la inteligencia a la penetración de la verdad en enfermizo subjetivismo. Dialoga el que ama la verdad, discute quien la teme.

El sabio dialoga, el diletante discute. Sócrates dialoga, por amor a la verdad, hasta dar de ella sublime testimonio con su muerte; los sofistas discuten, con desprecio de aquélla, buscando sólo las ventajas subjetivas de su ciencia aparente, hasta dar testimonio de su falacia con la muerte del maestro.

Cristo, Palabra eterna de Dios, dialogaba con los humildes y sencillos de corazón; los soberbios fariseos aferrados a las “palabras” de la Ley ¡oh paradoja!, le discutían.

Es posible, por cierto, y hasta probable que quien discute tenga bien ejercitada su razón, que discurra con corrección y con vigor; más sólo quien posee la capacidad de dialogar tiene abierta su inteligencia (*intus legere*) en pura y sencilla mirada receptiva, en actitud y con aptitud de conocer. El primero se divierte -irreverente ante la verdad- en el juego subjetivo del pensar; el segundo goza -humilde y sumiso a las evidencias objetivas de la verdad- en ver y conocer.

La prueba más acabada de la eminente superioridad y perfección espiritual del auténtico diálogo reside en que la discusión únicamente puede darse en esta vida efímera y terrenal, en el *homo viator*, confinado al uso y condenado al abuso de la razón, inteligencia encarnada, limitada. El diálogo, en cambio, importa ya en nuestra actual existencia una tenue pero real participación de aquella visión inagotable, de aquel coloquio fecundo y luminoso que, a su vez, nos hará partícipes del eterno diálogo de las Personas Divinas. Felicidad suprema será entonces perder la razón para abismarse en la más cuerda “locura” de la inteligencia, deslumbrada en inmediatez intuitiva sólo por la verdad. La razón, dirían los precisos escolásticos, está en Dios “*eminenter tantum*”, la inteligencia está “*formaliter eminenter*”.

No hay auténtico diálogo sin libertad interior, sin desprendimiento, sin renunciaciones, sin humildad; tampoco se da sin esperanza y sin amor; a su vez, lo engendran. Por eso el diálogo requiere grandeza de alma, fortaleza de carácter y pureza de miras. Para la discusión nos basta nuestro propio orgullo, la esclavitud a nuestras debilidades, el apego a cómodos esquemas, ese fácil aferrarse a un patrimonio de opiniones que ahorra el noble esfuerzo de revalorarlas a la luz de una verdad que engendre auténtica y más profunda certeza.

Discutir es vegetar intelectualmente; dialogar es vivir en desarrollo perfecto. La discusión es estéril e impotente; el diálogo es fecundo. La primera implica una actitud de egoísta subjetivismo; el segundo está animado por una generosa y saludable objetividad.

El diálogo con las cosas, con los hombres, con Dios, es realismo intelectual; la discusión es solipsismo racionalista. Quien dialoga, escuchar quien discute se escucha.

Dialogar no es estéril entretenimiento, vacío juego de ingenio, ni perder el tiempo. Es “redimir el tiempo” (*Ef 5,15*), lo que implica perder algo -el orgullo, la autosuficiencia, las sordas esclavitudes interiores... y también realidades positivas, pero intrascendentes- para ganar algo valioso y de provecho para el alma. “Pierde algo, dice san Agustín, eso que pierdes es el precio

del tiempo... pierde también algo para adquirir la paz... ¿Quiere litigar contigo y quitarte la túnica? ¿Quiere distraerte de tu Dios con enredos? No tendrás sosiego para el corazón ni tranquilidad para el alma; te alborotarán los pensamientos y te irritarás con tu adversario. Tiempo que pierdes” (*Sermón 167*). Dialogar, pues y es tiempo fecundo, seriedad intelectual, serenidad espiritual, auténtico compromiso interior -en libre y amorosa actitud de acogimiento desinteresado- con el ser y la verdad. Discutir es tiempo estéril, liviandad de espíritu, soberbia e insolente indiferencia frente a la única autoridad capaz de exigir la sumisión incondicionada de nuestro asentimiento: la verdad.

Dialogar no importa, por cierto, ponerse de acuerdo en todo, más discutir es no ponerse de acuerdo en nada. Lo primero es posibilidad de entenderse, lo segundo, seguridad de no entenderse. Dialogar no es ceder, discutir es no ceder.

De aquí que el diálogo sea siempre constructivo y logre un resultado positivo, así no sea más que la experiencia personal de esa límpida y franca comunicación humana en profundidad que enriquece interiormente la personalidad de los interlocutores, la va integrando y plasmando intelectual y moralmente. El diálogo es valioso y fructífero no sólo por sus conclusiones objetivas sino por su fecundidad subjetiva. Vale no sólo por el hecho de encontrar sino por el encuentro mismo, por esa preciosa realidad existencial que es el encontrarse. La discusión, en cambio, se gula por el criterio de la eficacia, del éxito, y ni siquiera para ambos en común sino que el resultado lo busca cada uno para sí; de aquí que sea unilateral, interesada e individualista y se paralice en un “punto muerto” que no llega a conclusiones objetivas ni la fructificación personal de enriquecimiento. espiritual. En el diálogo se da un recíproco testimonio que permite el acercamiento, provoca la edificación mutua y es capaz de engendrar la amistad y el amor que, al fin, no son sino una forma excelente de la verdad, a la que el diálogo tiende. La discusión encubre un recíproco retraimiento y, a la vez, un enfrentamiento, frutos de una híbrida indiferencia personal e intelectual, que inhibe la franca comunicación y cierra las puertas a todo encuentro en el amor y la verdad. El diálogo acerca y une, la discusión aleja y divide. La excelencia moral y social de un auténtico nosotros se desvanece en la de un yo, empobrecido y desfigurado por su propio enquistamiento.

Va de suyo que dialogar no es transar, uniformar opiniones, ni ponerse de acuerdo en una “verdad a medias”. Nada más extraño al auténtico coloquio que semejante mediocridad, actitud de compromiso fácil e interesado. La verdad no admite transacciones, porque ni es propiedad nuestra ni tiene precio; las opiniones sinceras y fundadas son demasiado respetables para ceder en ellas inmotivadamente en aras de una uniformidad de espíritu gregario, y la “verdad a medias” -por vía de convenio o componenda- sencillamente no existe, pues así ya ha dejado de ser verdad. No es lo mismo poseer a medias la verdad -porque se está en camino hacia ella y se trata de lograrla o integrarla a todo precio- que convenir en una “verdad a medias”, que es ponerle precio a una verdad ya poseída renegando de ella.

De aquí que haya que distinguir una tercera actitud: la negociación. En esta rige necesariamente el criterio de la transacción, porque tanto su materia -intereses de toda clase- como su fin -obtener provecho o ventajas- así lo permiten y hasta lo exigen. No habría negociación sin la búsqueda recíproca de un resultado útil al precio de hacer y obtener concesiones. En su ámbito propio, la negociación es así constructiva o, al menos, eficaz para cada uno. La discusión, en cambio, es estéril aún en ese terreno porque está condenada a un “punto muerto”. Los comerciantes, los hombres de empresa, los diplomáticos, los jefes de gobierno y de Estado, negocian, pero se cuidan muy bien de discutir a *outrance*. El diálogo, por su parte, es también una actitud muy distinta y de otro orden que la negociación, por su materia y por su fin que trascienden cualitativamente a los de ésta. En la negociación hay una ganancia, así sea parcial, para los intereses contrapuestos de una y otra parte, en el diálogo hay un triunfo conjunto de las personas en la total coincidencia de una meta común: apertura leal en orden a la verdad y sin transacciones ni concesiones sobre ella, y respetuoso testimonio mutuo sin mezquindades subjetivas. La negociación es útil, la discusión, estéril, el diálogo es fecundo en calidad humana.

El rehuir el diálogo oculta una soberbia falta de fe en la inteligencia de los hombres y, por ende, en la Inteligencia infinita, de la que aquella es variada y multiforme participación, según el cántico de David: “Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine” (*Salmo 4,7*). ¿No entregó Dios las inagotables riquezas, de la creación a los hombres para que, en la rica y fecunda diversidad de sus dotes y aptitudes intelectuales, la fueran descubriendo en común? ¿No envió Su Palabra (el Verbo) y la dejó entre nosotros para que en su unión pudieran los hombres dialogar en el amor y restablecerse el interrumpido diálogo con Él?

Rehuir el diálogo es omisión de caridad cuando con tal actitud evitamos acercarnos a otros o acercarnos a la verdad; discutir es un pecado positivo contra la justicia y el amor, porque el discutir nunca está libre de mentira, así sea por una pizca de silencio que debió ser palabra real.

Rehuir sistemáticamente el diálogo para enquistarse en una cerrada discusión, propia de espíritus mezquinos, implica la desesperación de las tinieblas, la obstinación del impenitente; analógicamente, algo así como aquel irredimible pecado contra el Espíritu Santo (cf. comentario de san Agustín al texto de san Mateo en “Sermón 71”).

Se trata, naturalmente, del diálogo genuino, sincero, engendrado y nutrido por esa actitud ética fundamental del hombre espiritualmente maduro, que es el amor, vínculo de perfección en la verdad; de ese coloquio que no es, como la discusión, estéril tensión estática entre mentalidades cerradas que se anulan e impiden así todo legítimo progreso sino de una fecunda tensión dinámica de inteligencias abiertas que aúnan sus esfuerzos hacia una meta común, positiva y constructiva: la de ver o ver mejor, encontrar, precisar, totalizar verdades. En la discusión se tiende a convencer (no está exenta de un matiz autoritario, cuando no subyace en ella un sentimiento de temor o tímido encerramiento), en el diálogo a convencerse, en humilde y límpida sumisión a lo real. Se trata, en fin, de ese diálogo que es fuerza común para los interlocutores y no de esa discusión que es violencia contra ambos y desfigura la profunda y genuina tendencia de la naturaleza humana a la solidaridad en el bien y la verdad en la búsqueda en común. Hay en el diálogo un darse recíproco y un trasvasamiento de riquezas espirituales, de conocimientos y de experiencias, una tal simbiosis de Amor y de palabra (Nombres Divinos) que sitúan al hombre en la cumbre de su humanidad. No en vano lo clasifica Paulo VI “entre los mejores fenómenos de la actividad y de la cultura humana” (*Ecclesiam Suam*, III, 75).

La esencial orientación al diálogo está enraizada en la naturaleza constitutivamente social del hombre, en el dinamismo propio de su inteligencia intrínsecamente ligado al lenguaje, interior y exterior, en la tendencia de la persona humana a la comunión y al amor que unen y comprometen, tendencia asentada en el centro metafísico de aquella, que no es mónada cerrada, sino apertura irradiante y recipiente comunicabilidad que trasciende a los otros por intrínseca necesidad. Desde un punto de vista negativo pero tremendamente existencial, a partir de la caída original, es la sujeción al error lo que nos hermana en un diálogo sanante y salvífico. ¡*Felix culpa!*

Resulta ya casi superfluo sintetizar lo expuesto diciendo que el diálogo es una actitud intelectual y moral de nobilísima jerarquía. De aquí que no haya de confundirse con la vulgarización incontrolada de cuestiones serias, profundas y delicadas que no están al alcance de todos. Es premisa fundamental del diálogo poseer los conocimientos, la cultura y el hábito mental propios y adecuados a la medida y naturaleza del tema que se aborda. De lo contrario, se cae en un “palabreo” que siembra la confusión y la desorientación y desfigura y empobrece las cuestiones más graves y sutiles. Por otra parte, únicamente se da el diálogo cuando hay una mutua presencia personal de transparente buena fe: “si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum. lucidum erit” (*Mateo 6,23*). Dialogar de mala fe es una “*contradictio in terminis*”; ¿es que hay amor de mala fe?

Justicia estricta con lo que se dice; caridad sin medida con quien lo dice. Su fruto, la paz

interior.

El hombre contemporáneo está, en todos los niveles, sediento de justicia, de amor y de paz. No puede con propiedad afirmarse que el diálogo salvará a la humanidad, pero sí que esta no se salvará sin él.

Buenos Aires (1970)